



## RETIRO EN LA CIUDAD

F. Javier Vitoria Cormenzana

### III. SABADO SANTO

**JESÚS MUERTO Y SEPULTADO: EL SILENCIO DE DIOS, EL VIGOR DE SU PROMESA Y EL RUMOR DE UNA ESPERANZA QUE RECORRE LA HISTORIA.**

#### I

##### LA EXPERIENCIA DE LA FRUSTRACIÓN

Cuando uno se quiere meter a construir el Reino de Dios o la fraternidad, percibe que vive bajo la sombra de la cruz: camina con y como Jesús hacia Jerusalén. El programa de Jesús, su estilo de vida, su modo de construir la historia, de ir desplegando la encarnación resulta admirable, contagioso y maravilloso, pero ponerlo en práctica no contiene tanto lirismo como nuestras palabras.

Es la experiencia de la realidad del camino de la fraternidad, la liberación o simplemente de la aventura humana. No es nunca una marcha o un pasacalle triunfal. Se parece mucho más al “beber hasta la última gota el cáliz amargo” de la fidelidad al Camino, a la Verdad y a la Vida. Se resume en la experiencia de que el camino del amor conduce a perder la propia vida: todo lo que vale termina costando.

Es la experiencia en carne propia de que “el pecado tiene poder” y de que somos sus víctimas: cuando queremos hacer de nuestra historia un cauce de amor solidario que libera a los hombres, entonces experimentamos que para quitar el pecado del mundo hay que cargar con el pecado del mundo. La fraternidad con el Cordero degollado (cf.

Ap 5, 6; 7, 14-15) se va haciendo verdad en la historia de cada día, si uno se mete a liberaciones o a solidaridades: por la caridad entra la peste, dice la sabiduría popular.

«El que escuche el lenguaje teológico acerca de la resurrección de Cristo de tal manera que, en ese lenguaje, no sea audible el clamor del Crucificado, ese tal no escucha teología sino mitología, no escucha el Evangelio sino un mito sobre el vencedor. Sospecho que tenemos demasiada cristología pura del domingo de Pascua y muy poca cristología de Viernes Santo. En la cristología, si se me está permitido hablar así, se nos han ido de las manos el camino y el tiempo que median entre el Viernes Santo y el Domingo de Pascua» (J. B. Metz).

\*Todos llevamos la experiencia de alguna frustración como compañera de viaje. Pero quizás el momento presente de la historia del mundo y de la Iglesia ha hecho que recobren actualidad las conocidas palabras de Bonhoeffer:

“¿Ha habido alguna vez en la historia personas que, como nosotros, tuviesen tan poco suelo bajo los pies y para quienes todas las alternativas del presente parezcan igualmente insoportables?”

\*Se trata de la experiencia de vértigo de una crisis que no cesa. Vivimos una experiencia histórica frustrada y frustrante. Nuestra historia reciente no ha sido capaz de progresar humanamente. Los datos más gruesos de esta frustración se encuentran en la miseria del Tercer Mundo, en las bolsas de pobreza del Primero (parados, pobres, extranjeros, mujeres, disminuidos físicos etc.), en las víctimas de la droga, de la violencia o del SIDA, etc.

Pero aún hay algo más sutil que produce frustración: la utopía o la esperanza que impulsaba los corazones más generosos en otros tiempos se ha desvanecido. Parece imposible esperar un mañana real y cualitativamente mejor. El fin de la historia ha llegado. Basta con vivir fruitivamente el ahora. Hay que dejarse de esperanzas utópicas y de “grandes relatos”. Es el tiempo de las ilusiones domésticas y débiles, y de las narraciones familiares. En lugar de luchar por un mañana cualitativamente nuevo, ahora

se trata de conservar o rehabilitar lo que ya teníamos. Es tiempo para neoconservadurismos de todo tipo.

Muchos de nosotros no sentimos frustrados con el tan cacareado realismo de hoy, pues comienza a peligrar el cumplimiento de las promesas que nos han hecho vivir: “Los días se demoran y de nada sirven ya las visiones” (Ez 12,22). ¿Será que nuestro Dios “es un río engañoso, un agua de la que nada se puede esperar?” (Jer 15,18).

\*Otras veces la impotencia del Evangelio cuestiona nuestra vida y nuestro compromiso cristiano. Desde el primer Pentecostés ¿qué es lo que ha cambiado en el mundo? ¿Resulta posible verificar una Salvación que calificamos de histórica? Si esto no fuera así, ¿cómo presentarla al hombre hoy tan acostumbrado al ejercicio de la verificación? ¿Cómo incide nuestra vida entregada en la marcha de la historia? ¿Cuál es la fecundidad social de unas vidas que pretenden entregarse como “el grano de trigo” para que produzcan frutos de salvación?

Responder a estas cuestiones no resulta nada fácil. En ocasiones tratar de afrontar tales interrogantes estabiliza a la Iglesia y a nosotros mismos en el miedo. Y se genera una dinámica de restauración o de involución y de marcha atrás. Pero el miedo también nos atrapa a nosotros personal y comunitariamente, y procedemos a establecer estrategias revisionistas.

Todo ello es fuente de frustración, pues sentimos que se nos acorta el tiempo de la verificación de la promesa.

## II

### LA EXPECTATIVA DE UNA VIDA GOZOSA

“La esperanza no está en la risa y en la plenitud. La esperanza está en las lágrimas, en el riesgo y en el silencio” (A. Neher).

Si la historia de Jesús terminase en la cruz estaríamos en nuestros pecados y nuestra fe estaría vacía (cf. 1Cor 15,17).Y, sin embargo, todos hemos hecho la experiencia de que ser cauces de Gracia, responder a la invitación del Señor a seguirle en la causa de la fraternidad, proporciona gozo y paz (cf. Mt 11,28-30; 1Pe 1,3-9).

La experiencia de gozo es fundamental en la vida. Tener cara de estar un poco salvados (Nietzsche) o aportar un poco de humor a la tarea liberadora (Moltmann) debería ser una de las características de los cristianos. Y, sin embargo, no suele ser lo que con más facilidad descubren en nosotros.

\*El cristianismo habla de radicalismo, pero se niega al rigorismo. Éste es fruto de un voluntarismo que centra su vida en un imperativo categórico (seguramente importantísimo para la causa), y termina por crear mala sangre (o mala leche) y por endurecer a las personas. El primero nace de una experiencia de gozo. El sacrificio, el esfuerzo -que seguro que habrá que hacerlos- nacen del gozo y del cariño; y esto termina por construir personas comprensivas y tolerantes que no imponen jamás una nueva ley. Saben que “la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres”.

\*Es verdad que “quien tiene algo por lo que vivir, es capaz de soportar cualquier cómo” (Nietzsche), pero cualquier **QUÉ** pretendidamente cristiano no posibilita **EL COMO** ser cauces de gracia para los demás. Esto sólo es posible si la vida tiene sentido. Es decir, cuando uno cree confiadamente que ni la muerte, ni la injusticia, ni el infierno del mundo, ni el arrinconamiento en la vida, tienen la última palabra porque la última palabra la tiene Jesucristo.

\*Y justamente aquí comienza a abrirse la posibilidad de la experiencia de encuentro con el Resucitado. La experiencia pascual no niega la brutalidad de la historia y de la vida, ni el silencio y la falta de señales sino que les priva de su condición de última palabra. El Resucitado no elimina la cruz, la ilumina. No llena el vacío del sábado, lo visita con una honda y fugaz emoción de alegría y de paz que su cercanía proporciona.

La experiencia del encuentro con el Resucitado hace que nuestra vida sea también la historia de un consuelo, de un gozo. Y los cristianos “*los afligidos siempre alegres*” (2Cor 6,10) podamos “*estar alegres en los sufrimientos*” (1Pe 4,12-16).

Caminamos con el corazón “partío” o roto, pero se ve visitado por una alegría irreductible a la satisfacción de una expectativa humana.

### III

#### HACIA LA EXPERIENCIA APOSTÓLICA DE LA PASCUA Y LA NUESTRA

\*Tras la muerte de Jesús, los discípulos se derrumban y decepcionados vuelven a sus casas (cf. Lc 24,13-32): *no esperaban nada de la vida*. El proyecto de Jesús era inviable sin Él. Y el móvil de la dispersión no es el miedo, aunque lo tuvieron, sino la desesperanza. Sin embargo, al poco tiempo aparecen reunidos, toman la palabra y parece como *si la vida esperase algo de ellos*. ¿Qué es lo que ha pasado?

\*Su respuesta es taxativa: Jesús ha resucitado y se les ha aparecido. Se han encontrado de nuevo con Jesús. Ahora vive en Dios y por ello en el centro de la historia humana. Su experiencia *espiritual* -posibilitada por el Espíritu de Dios- del Resucitado les permite contemplar en su rostro la rebelión de Dios que triunfa finalmente de la injusticia y de la insolidaridad que producen víctimas humanas. La causa de la fraternidad que es la causa de Dios sigue adelante. ¡Jesús ha resucitado! ¡Aleluya!

\*La historia toda está atravesada por el resplandor de su gloria, y los discípulos comienzan a vivir de ese gozo y de ese consuelo. En la tarea de recobrar y organizar la esperanza el Espíritu de Dios será compañía y ayuda.

\*La experiencia de encuentro con el Señor los *convoca*, los reúne de nuevo para formar la comunidad de discípulos, sacramento de la comunión que Dios quiere establecer con los hombres y que estos establezcan entre sí.

\*Constituyen una especie de *anticipo* en la historia de lo que el futuro puede deparar para toda la humanidad. Los *libera* y los abre a un futuro inaudito, pues les hace ver sus posibilidades utópicas inéditas.

\*Y los envía con la misión de prolongar su causa hasta el confín de la tierra. Así aprenden que Dios actúa haciendo que hagamos y que su trabajo evangelizador viene a colmar la esperanza que Jesucristo es para sí mismo.

\*Conviene rememorar, recordar -volver a pasar por el corazón- nuestra propia experiencia pascual. Hacer memoria de *nuestras* experiencias de encuentro con Jesús resucitado:

- el gozo y la paz recibidas
- de qué nos ha liberado
- cómo nos ha convocado,
- a qué nos ha enviado.

Y para ello conviene tener en cuenta algunos criterios evangélicos:

-el encuentro con Jesús se produce en Galilea al pro-seguir la causa de Jesús (cf. Mc 16,1-7);

-la humildad en el amor, el seguimiento, la misión y el dejarse ceñir por el Señor son requisitos imprescindibles para el encuentro (cf. Jn 21);

-las nostalgias -la emigración interior- (cf. Jn 20,11-14), el creer que nada puede suceder realmente nuevo (cf. Jn 20,24-29) y el intentar volver a la vida anterior (cf. Lc 24,13-32) pueden impedir reconocer a Jesús que está junto a nosotros.

-La búsqueda a pesar de todo, el encuentro con la Palabra, la hospitalidad con los pobres, hacer el bien, practicar la justicia y poner gracia en la desgracia, el encuentro eclesial en la fracción del pan permiten identificarle como Jesús y reconocerle como Cristo.

-la capacidad de vislumbrar señales de la vida en las tumbas vacías de nuestro entorno (cfr. Lc 24,23-24):

“Una vez más, los que saben leer en las tumbas vacías de nuestro mundo un mensaje de presencia del Viviente y aceptan entrar en la dinámica de la resurrección, resultan ser los que tienen razón frente aquellos otros que sólo son capaces de ver en ellas las huellas de la muerte. Nosotros hoy estamos invitados a confesar que el Resucitado sigue vivo y a recordar que, a pesar de tantas pérdidas, lo que nuestra humanidad no ha podido perder es su posibilidad de ser buscada por Él, ni está destruida su capacidad de volverle a encontrar" (D. Aleixandre).

## IV

### EL DESEO COMO GUÍA

Desear o anhelar resulta imprescindible para el encuentro con Dios en el Resucitado. La tracción del deseo conduce a los seres humanos hacia Dios, aunque los deseos (en plural) deterioren lo humano, falsifiquen lo divino y terminen por encaminarnos hacia la barbarie y la idolatría. Lo sabemos por experiencia. Frecuentemente los deseos son los grandes tiranos en la cultura de la satisfacción de las sociedades libres. La fascinación por la satisfacción inmediata del objeto ciega y pierde en las tinieblas a gran parte de la ciudadanía de las democracias desarrolladas. Además este trastorno se agrava porque los deseos sólo parecen encontrar campos de expansión en la línea del tener, del dominar y del poder.

El remedio a esta situación verdaderamente dramática no debiera ser la abdicación del deseo. Al contrario, debiéramos abrazarlo como algo propio que nos constituye; y aceptar como riqueza la tracción del exceso que encierra en su interior, es decir, su trascendencia o su dimensión simbólica que le dicen que el ser humano no se agota en el nivel de sus deseos. La locura del deseo radica en su encerramiento en los objetos que se le ofrecen, sea cual sea su identidad, en lugar de descartarlos como capaces de calmar plenamente la necesidad que lo estimula. De este modo el objeto queda divinizado, generando idolatría y esclavitud. La cordura del deseo se produce en la relativización del objeto deseado a través de la apertura al otro y al Otro (con mayúscula) y de la integración de los deseos en el Deseo (con la consecuente liberación del amor propio).

Por debajo de los deseos que producimos, existe en el ser humano el deseo que lo constituye y que tiene su origen en la desproporción interior, en la incapacidad de adecuarse consigo mismo, en el hecho de ser más de lo que es y de ser incapaz de coincidir con ese más allá de sí mismo, al que siempre está abierto, al que tiende con todos sus deseos y con todas las acciones que esos deseos originan, pero con el que no consigue coincidir porque es el origen del que está constantemente surgiendo. Quien busca a Dios precisa reconciliarse con sus deseos y aprender a desear de nuevo. La fuerza tractora del deseo rehabilitado (el anhelo de la samaritana: un agua que calma definitivamente la sed) impulsa a los seres humanos hacia Dios, que siempre responde de manera desproporcionada al anhelo que Él mismo ha suscitado en el alma humana.

Alguna vez todos los seres humanos hemos sentido en la oscuridad la presencia de la Fuente que mana y corre sin cesar: cuando hemos contemplado signos que dan que pensar; escuchado voces que dan que oír; tateado canciones que dan que soñar; compartido “pan y manteles” con personas que dan que amar; recordado historias que dan que vivir; prestado atención a ecos que despiertan nuestra voz interior. Cada vez que algo de esto nos sucede nos liberamos de la dictadura del fatalismo de lo fáctico, escapamos de la jaula arrogante del positivismo y convocamos la trascendencia sobre el camino de nuestra inmanencia. Cada vez que algo de esto nos pasa se nos muestra que el fin último del hombre no puede ser el producto final de un proceso de fabricación. Cada vez que algo de esto nos ocurre se nos desvela que la persona humana es un ser que tiene capacidad de dejarse emocionar y transformar por la belleza, la verdad o la bondad que le exceden, por unos proyectos que le encantan, por unas impresiones que viene a visitarle, de más allá de sí mismo, de fuera.

Cada vez que algo de esto acontece el principio del exceso me constituye como un ser deseante, es decir, algo más que un ser movido con y confrontado a sus deberes o movido por un imperativo moral. Por debajo de todos los deseos, como su raíz, se encuentra el deseo natural de ver a Dios. S. Juan de la Cruz lo ha definido como «deseo abisal», es decir, como un deseo que ya no depende del propio sujeto, en el que éste se descubre envuelto; anterior a él y que, más que orientarle a la posesión de un bien mundano, suscita en él una tendencia que ningún bien mundano es capaz de aquietar. Se trata de un auténtico “padecer a Dios” que ningún otro don es capaz de calmar.

Desde esta óptica cristiana hemos de entender la necesidad de vincular esta nostalgia o el deseo de Dios con la expectativa utópica de los pobres (cf. Lc 4, 16-21).

Sé que los tiempos que corren no son buenos para la utopía en el mundo de la abundancia. En su nombre visionarios de todo tipo han sembrado la historia de barbarie y terror, aunque “el pragmatismo” rampante que todo lo invade sea tan inhumano como esa utopía capaz de convertir el mundo en un infierno en nombre del paraíso soñado. Si embargo el acceso a la experiencia del Resucitado reclama hombres y mujeres alentados por la expectativa de una utopía sin contenido definido ni definitivo y universalizable (hasta alcanzar a los muertos), como J. B. Metz ha insistido en multitud de ocasiones.

Si queremos compartir la experiencia pascual en el interior de una sociedad como la nuestra propensa a acceder a todas las realidades -también a la religión- desde los parámetros de la cultura del espectáculo, habremos de superar las actitudes preferentemente receptoras, estéticas y meramente contemplativas que genera. Habremos de buscar revestirnos con el talante activo y movilizado de quienes son inspirados por los anhelos y requerimientos de algún acontecimiento futuro histórico y mundial de interés universal. Por ejemplo: el final del hambre en el mundo, el cese de las prácticas xenófobas y racistas, un desarrollo sostenible, la paz regional y mundial, la liberación de las minorías culturales y étnicas o el despliegue real de la tradición de los derechos humanos.

Lemas escatológicos como el de I. Ellacuría, «revertir la historia», el de J. Sobrino, «que la vida sea posible», el de E. Bloch, «que el mundo llegue a ser un hogar para el hombre» o el de los nuevos movimientos sociales alternativos, “otro mundo es posible”, concentran todos los deseos humanamente verdaderos y todos los anhelos movilizados que nos pueden poner en sintonía con la longitud de honda de la Pascua de Jesús de Nazaret.

Las prácticas que habilitan para conservar fresca la memoria de los muertos y el recuerdo de sus causas vencidas, intensificar el compromiso con el presente y mantenerse en pie enfrentados a un futuro sin devaluaciones están suministrando un material experiencial imprescindible para hacer la experiencia del encuentro con el Resucitado.

## V

### EL/LA CRISTIANO/A QUE VIVE DE LA EXPERIENCIA DE LA RESURRECCIÓN

- Experimenta, como María, Madre e imagen de la Iglesia, el gozo de contemplar cómo su debilidad cuando se trueca en disponibilidad absoluta y apertura total al Padre, es fecundada por el Espíritu vivificador y se transmuta en fortaleza para el camino del Evangelio y en generosidad para la mesa fraterna.

- Experimenta que lleva este tesoro en vasijas de barro, y así contempla que esa fuerza extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros (cf. 2Cor 4,7-12; 6, 8-10).

- Experimenta que creer en Jesucristo Resucitado casi equivale a

-no abandonar nunca la empresa del propio ser hombre o mujer,

-estar dispuesto a recomenzarla siempre, a caminar siempre por ella;

-encontrarse capacitado para soportar las negatividades de su existencia,

-tratando de luchar contra ellas;

-y para respetar las positividades de su existencia, tratando de aprender de ellas, como signos del Amor Benevolente de Dios.

- Sin sucumbir ante las primeras (por su sinsentido y el no a la vida), ni apropiarse de las segundas absolutizándolas. Sino conviviendo con ambas. Sabiendo que esta vida es valle de lágrimas, pero sin exclusivizar ese mensaje, porque entonces las lágrimas le impedirán ver el cielo. Y sabiendo que el cielo existe, pero sin pretender ningún cielo en la tierra, porque el cielo, desde aquí siempre se ve como lejano, sólo esa lejanía nos permite captarlo como cielo...

\*Experimenta que las manos del Padre –su Espíritu y su Palabra- va amasando en este barro nuestro al ser humano que Dios nos llama a ser en esta historia de pecado:

Un varón o una mujer con

-una moderación abierta

- una esperanza desengañada
- un pesimismo cariñoso
- un optimismo vulnerable
- un compromiso sin exigencias
- y una paciencia sin cálculos...

¡Dichosos los que se acogen, sirven y anuncian a este Dios revelado en Jesucristo que no es de ellos, ni es apropiable por ellos!. Porque, al hacerlo, también ellos irán entrando en la larga marcha de los pobres y de los que lloran, que caminan, como pueblo de reyes, como asamblea santa y como reino sacerdotal, hacia la morada santa del Padre (J. I. González Faus).